

Memorialistas & Viajeros
Vicente Blasco Ibáñez: “En el país del arte”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Metido como estoy en el desarrollo de una novela de largo aliento, acezando por supuesto, y dado que un par de episodios transcurren en Italia, particularmente en Roma, busco entre viajeros ilustres algunas inspiraciones. Por ello, rescato de entre mi biblioteca (más bien itinerante en los últimos meses) un libro del español Vicente Blasco Ibáñez, un autor que ahora se lee poco pero que en su tiempo fue bastante apreciado. Un auténtico republicano, ateo y comecuras, libertario y apasionado por la cultura, no pudo sino hacer de sus periplos por la bota un ejemplo cabal del libro de viajes que, al menos para mí, es de los que no sólo vale la pena leer, sino además utilizar como consejero para moverse en territorios desconocidos. Italia es como una jungla, claro que de cultura.

Blasco Ibáñez no se pone a hablar con displicencia del “país del arte”, como le llama, de los monumentos que visitó, ni mucho menos pierde tiempo en dar opiniones pendejas acerca de pendejadas. Lo suyo es el compromiso. Mezclar los elementos históricos con los del arte, buscando entender la esencia de un pueblo que no es el que se ve simplemente en la calle, sino el resultado de una larga historia que fue enmarcando su devenir en tantos sucesos determinantes. Es poco lo que podemos captar de ese devenir en una sola generación. Es necesaria la búsqueda. Tenemos todo un bagaje de información que nos permite contextualizar lo que vemos. Impresiona que en 1896, cuando publica este libro sobre Italia, haya sido capaz de juntar tanta información minuciosa. Blasco Ibáñez es un viajero de terreno, no un ratón de biblioteca y menos un pasivo cultor del *copy & paste* (antes se llamaba plagio a eso)

Hay algo también altamente relevante. Blasco Ibáñez está pasando por entonces uno de sus tantos exilios, esta vez en Italia. Un dialéctico *avant-la-lettre*, el joven valenciano se dedica a acosar al poder dominante, a denunciar la injusticia, a perorar a las masas. Masón, admirador de Voltaire y Rousseau, lector de la Enciclopedia, mentor de Zola., un hombre de vanguardia y polémica. Se pelea con media España, se ve obligado a partir. Sin embargo, París, Buenos Aires, ciudad de México, Santiago de Chile (de donde proviene el gran amor de su vida), se le rinden. Hollywood se dedica a hacer versiones filmicas de sus obras principales, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Sangre y arena*, *Mare Nostrum*, *La maja desnuda*...

Escribe: “Hace unas cuantas horas que estoy en Roma, y aún dudo que esta tierra que piso sea la de la Ciudad Eterna. Con entusiasmo habrán podido venir aquí en el curso de los siglos, millones de peregrinos deseosos de contemplar entre los esplendores de una pompa oriental, la faz del más alto representante de Jesús en la tierra; pero yo no cedo a los creyentes que su anhelo fuese más grande que el que yo sentía por llegar a esta ciudad...”. Agrega con pasión: “Mientras todas las metrópolis del pasado yacen inánimes o el viento de los siglos ha arrebatado hasta el último átomo de su grandeza, Roma continúa milagrosamente en pie, vieja, exangüe, pero sonriente con su boca senil al ver

que aún se sostiene brillante y joven la obra de la civilización latina”. Remata: “No hay emoción comparable a la que produce la proximidad de Roma”.

Es una prosa descuidada, rápida, sin pulimento, pero llena de entusiasmo. La “grandeza” de Blasco Ibáñez como escritor ha dado lugar a largas discusiones. Pío Baroja, que no por menos admirable es sin duda un escritor bárbaro y caprichoso, lo condenó. La verdad es que Blasco Ibáñez, político activo, tuvo una vida demasiado intensa, demasiado recargada, demasiado expuesta como para darse el lujo de forjar exquisiteces con las palabras. Recordemos que su obra de juventud, su tal vez primer esfuerzo literario, es una traducción de *Las mil y una noches*. Y eso sí que le debe haber consumido tiempo. Es un escritor para lectores, no para críticos o académicos. Y para viajeros, reitero.



Blasco Ibáñez dedica varias páginas de su libro a Venecia, y en ello me detengo por razones también oportunistas. Le dejo explayarse: “Un ensueño: esta es la palabra. Llega a dudarse de la realidad al ver como se destaca sobre la verdosa sábana Venecia, dorada por el sol; envuelta en una ligera bruma que hace temblar sus contornos; rodeada de islas que son jardines; viendo siempre en lontananza un cinturón de buques que se aproximan... A lo lejos se ven pasar las negras góndolas como insectos que resbalan por debajo de los puentes”. Es un llamado a tomar distancia, a dar espacio a la visión de conjunto, a evitar el vicio del primer plano.

La decadencia de Venecia es un motivo de preocupación hasta hoy. Lo curioso es que la suya es una larga historia de plagas y derrotas. El descubrimiento de América por España y de la nueva ruta a Indias que inventa Portugal, destruyeron su base económica. La ciudad dejó de ser el puente hacia Oriente. Ese Oriente de donde los mercaderes traían obras de arte por el mero gusto de embellecer a Venecia.

Luego vinieron las invasiones modernas. Dice Blasco Ibáñez: “Las riquezas orientales emprenden otros rumbos; las naves abandonan los antiguos mares; surgen nuevos puertos atrayendo la riqueza y la actividad humana; y la agonía de Venecia dura dos siglos, perdiendo lentamente todas sus conquistas del fondo del Mediterráneo. El león de San

Marcos, tísico, calvo y sin fuerza ya para rugir, duerme a la sombra de los antiguos palacios, en los que se extinguen las gloriosas generaciones, hasta que, por fin, las tropas de la República francesa entran en la histórica ciudad sin disparar un tiro y el joven general Bonaparte hace bajar de su trono a Ludovico Manin, el último de los Dogos, que cubierto con el histórico manto y la cornuda mitra de oro, aferrado a la tradición y sin fuerza para moverse, causaba en la moderna Europa el efecto de un fantasma”.

Es una prosa un tanto cargada, cremosa, rica en adjetivos. Igual este libro ha sido considerado la mejor guía de Italia. Hay mucho más que Roma y Venecia. Uno de los capítulos sobre Florencia se titula “la Atenas italiana”. Confiesa que tras visitar la *Galeria degli Uffizi*, “la cabeza arde; danzan dentro del cráneo, en vertiginosa confusión... qué sé yo cuántos artistas”. Remata así, y la frase (referida a Florencia) me parece clave: “Parece imposible que un pueblo que no fue conquistador ni tuvo ocasión de robar a las naciones con las armas en la mano, haya podido reunir tal cúmulo de obras célebres”. Sí, digo yo, un viaje a Italia antes de morir nos dará un atisbo del Paraíso.